

2. La solidaridad en el pensamiento, en la vida, y en la obra del Beato Josemaría Escrivá

Dña. Pilar LARA

Presidenta de la Fundación Promoción Social de la Cultura



Quizá en un acto como este no parezca necesario exponer las razones por las cuales hoy estoy aquí para hablar de un tema de tanta actualidad y de vital importancia como es el trabajo de cooperación con los países más necesitados, en un esfuerzo, por combatir la pobreza y por ayudar a acortar las profundas diferencias que separan a unos países de otros. Diferencias que en ocasiones generan profundas brechas donde se instala la pobreza y el desprecio por los derechos de la persona.

Ciertamente el trabajo de cooperación con los países y grupos más desfavorecidos se ha convertido en un compromiso ético, en una tarea que interpela la conciencia de cada hombre y abre nue-

vos cauces para expresar la responsabilidad y el compromiso ciudadano de todos. Precisamente los actos conmemorativos del centenario del beato Josemaría Escrivá se iniciaron en Roma del 7 al 12 de Enero, con la celebración de un Congreso Internacional, organizado por la Universidad Pontificia de la Santa Cruz, en el que bajo el título de “La grandeza de la vida corriente” se han abordado con profundidad y con visión práctica muchos aspectos de la figura y del mensaje de Josemaría Escrivá. Durante el Congreso han tenido lugar una serie de Paneles de Trabajo en los que se ha puesto de manifiesto la novedad del mensaje del Fundador del Opus Dei y su capacidad de incidir en la vida de personas de muy diversas culturas.

La Universidad Pontificia me invitó a coordinar el trabajo del Panel sobre “Las claves del desarrollo”. Lo hemos preparado durante casi dos años, y como que se ha hecho un importante trabajo de reflexión, de análisis y de propuestas sobre claves y las bases para trabajar por un desarrollo humano acorde con la digni-



dad de la persona y respetuosos con la identidad cultural de los diferentes grupos sociales.

Las personas que intervenían en el panel presentaban una gran diversidad geográfica y profesional: desde una mujer indígena, promotora de desarrollo rural en el Valle de Cañete en Perú, una abogada nigeriana que trabaja en el área de los derechos humanos, ese ministro de Economía de Nicaragua, un presidente de una ONG norteamericana que trabaja en el sector del

Microcrédito, un profesional de una ONG o una alta responsable de cooperación en la Unión Europea.

Todos conjuntamente, el Norte y el Sur, las organizaciones sociales y los organismos internacionales, los protagonistas y beneficiarios de las acciones, reflexionamos sobre algunas "ideas madres" del mensaje y las enseñanzas del beato Josemaría que se ofrecen como claves para una nueva cultura de la solidaridad que centra su mirada en el hombre, en sus derechos y en la urgente necesidad - como recuerda frecuentemente Juan Pablo II- de contemplar a la humanidad llamada por Dios a formar parte de una sola familia.

Ciertamente el beato Josemaría no predicó una teoría del desarrollo, pero ha predicado y ejercitado una visión del progreso y de la responsabilidad de cada hombre en la construcción de la sociedad, que se basan en el respeto a la trascendencia de la verdad revelada y en el amor a la libertad. Y también en la certeza de la indeterminación de la historia, abierta a múltiples posibilidades.

Sin duda alguna, la vida del beato Josemaría, sus enseñanzas y su mensaje de santidad en el trabajo profesional fueron entonces y seguirán siendo una fuente de inspiración en el empeño por construir entre todos los hombres una nueva cultura de la solidaridad.

Su mensaje ha sido orientador en numerosas y diversas iniciativas de promoción humana, pero cada una de ellas tiene el signo de la libertad y de la diversidad. Somos los que trabajamos en cada una de ellas quienes les damos nuestra personal expresión y concreción.

LAS CLAVES DE UNA NUEVA CULTURA DE LA SOLIDARIDAD

Quisiera referirme ahora a tres ideas que considero claves en este empeño de cooperación por construir un mundo más justo. Ideas que, como he dicho, tienen mucho que ver con el mensaje y las enseñanzas de Escrivá. Pero ideas que son también la expresión concreta de una manera de entender y de trabajar por el desarrollo. Y lógicamente, en este caso, he de hacer referencia a mi trabajo y a la institución que presido: la Fundación Promoción Social de la Cultura. Porque puedo asegurar que si no me hubiera encontrado hace ya muchos años con las enseñanzas del beato Josemaría, esta institución que trabaja en el campo del desarrollo y la cooperación no existiría.

Estas ideas podría expresarlas en los siguiente:

- 1- Llamada del cristiano a trabajar por la construcción de

la sociedad en la que vive.

2- El trabajo en cooperación debe ser un servicio al hombre, a todo hombre, respetando su dignidad y favoreciendo su creatividad y libertad.

3- El trabajo en cooperación debe ser un servicio a todos los hombres, fomentando los valores comunes y respetando la diversidad.

1. El cristiano protagonista en la construcción de la sociedad en la que vive.

O lo que también podría llamarse el libre ejercicio de la ciudadanía responsable.

Todos los hombres, cada hombre, desde sus convicciones más profundas aporta a la sociedad el beneficio de su creatividad, el esfuerzo de su trabajo y el dinamismo de su libertad plasmados en soluciones que hacen más rica y más humana la vida social.

“Un hombre o una sociedad que no reaccione ante las tribulaciones o las injusticias, y que no se esfuerce por aliviarlas -- dice el Fundador del Opus Dei en una de sus homilías-, no son un hombre o una sociedad a la medida del amor del Corazón de Cristo”. Estas palabras no han dejado de resonar fuertemente en quienes en 1987 pusimos en marcha la Fundación Promoción Social de la Cultura.

Entendimos con nueva luz el mensaje de Jesucristo: que un cristiano no puede vivir de espaldas a los demás hombres, en quienes tiene que ver hermanos, no escalones, ni peldaños. Todos tenemos obligación de participar responsablemente en la construcción de un mundo más justo; más aún ahora, cuando los nuevos desafíos de una sociedad interdependiente reclaman la presencia de todos los ciudadanos, protagonistas activos de la sociedad en la que viven.

Con esta idea de fondo, la FPSC ha trabajado desde su nacimiento en proyectos destinados a la educación, la cultura y el desarrollo. Entendemos que el desarrollo social y económico, para que sea acorde con la dignidad de la persona, debe ser respetuoso con la identidad cultural de los pueblos y grupos sociales, debe basarse en la participación de todos y cada uno.

La experiencia nos ha demostrado que para que el desarrollo genere mayores niveles de libertad y riqueza social, es preciso valorar a las personas y sus capacidades, promover la responsabilidad y compartir conocimientos e informaciones. Por eso, en cada país apoyamos el protagonismo de los grupos sociales y de las organizaciones locales.

2. Al servicio del hombre, de todo hombre.

El segundo punto clave que aprendimos del beato Josemaría, se refiere a la prioridad de la educación en los procesos de desarrollo. No es posible combatir a fondo la pobreza si las personas carecen de educación. Hay que invertir en formación: un hombre o una mujer que ha tenido acceso a la educación se hace más libre, más capaz de ser protagonista de su propio desarrollo.

Por otra parte, la educación es la base para un diálogo entre las diferentes culturas y tradiciones de los pueblos -exigencia íntima de cada hombre y de las propias culturas-, descubre valores comunes y crea espacios para expresar las legítimas opciones culturales y espirituales.

No es un lugar común decir que la riqueza de un país son



sus gentes. En la Fundación estamos convencidos de que esto es así. La educación es la base para afrontar con realismo y desde dentro graves problemas como la emigración, la pérdida de activos humanos, la participación de la mujer en la vida social, en acceso de todos a los bienes de la cultura, la construcción de la paz.

Junto a la educación y en la misma línea de servir a cada hombre, nuestra institución tiene también otros ámbitos de actuación. Por ejemplo, el apoyo a la mujer para favorecer su integración en los procesos de desarrollo y en la toma de decisiones; la atención

a los más desfavorecidos y a los grupos más vulnerables; la difusión entre los jóvenes de los valores que conforman una mayor conciencia ciudadana, responsable y solidaria; y la protección de los derechos de la persona, expresión de su dignidad y garantía de la paz.

3. En una familia universal la diversidad es un tesoro.

Este tercer aspecto se desprende de una idea muy querida por Josemaría Escrivá que se encuentra, por ejemplo, en un artículo suyo publicado en 1969: "Ese saberse y quererse de hecho como hermanos -escribía el beato Josemaría-, por encima de las diferencias de raza, de condición social, de cultura, de ideología, es esencial al cristianismo ("Las riquezas de la fe", en ABC, 2-XI-1969, 3).

Por eso, uno de los principios de nuestra Fundación es la convicción de que el camino hacia la igualdad de todos los hombres, sin exclusiones que violentan su dignidad, pasa por la primacía de la persona, por potenciar la variedad en el respeto a las legítimas diferencias, pues como dice el Papa frecuentemente, "la diversidad es riqueza". En este sentido, la Fundación está presente en países tan diferentes como Perú, con programas de capacitación profesional para mujeres indígenas, o Vietnam, atendiendo a jóvenes discapacitados, y en cada área tratamos con todos y para todos, sin exclusiones ni diferencias.

Nuestra mayor actividad se encuentra en Magreb y Oriente Próximo: regiones que, como se sabe, presentan una compleja diversidad de perfiles sociales, religiosos y culturales; y donde en ocasiones los conflictos armados o la frágil estabilidad social abren profundas brechas que amenazan el desarrollo social y afectan de modo dramático a los más vulnerables: a los niños, a las mujeres, a las minorías sociales.

Quisiera señalar otro aspecto de las enseñanzas del beato Escrivá que considero importante y que está en la base de cualquier tarea de ayuda al desarrollo. Me refiero a la cooperación entendida como actitud, como virtud, como signo más. Sumar lo que nos une, que es mucho, no lo que nos separa.

En este sentido, la cooperación es también un vehículo para el diálogo entre las diferentes culturas, un servicio a la paz. Así lo he comprobado en más de diez años de trabajo ininterrumpido en Oriente Medio con organizaciones locales de diverso tipo, pero con los que nos une un objetivo común: trabajar por el hombre, por encima de las diferencias, y construir la paz.

Y volviendo a lo que decía al principio que trabajar por el desarrollo es trabajar porque todos los hombres se sientan llama-

dos a formar una sola familia, por encima de las diferencias de raza, de color, de religión, puedo asegurar que estos quince años de trabajo nos han mostrado la profunda realidad de las palabras de Juan Pablo II cuando afirmó el 1 de enero de 2000:

“habrá paz en la medida en que toda la humanidad sepa redescubrir su originaria vocación a ser una sola familia”.

Ese es nuestro objetivo, y para ese fin trabajamos, como uno más entre tantas personas de buena voluntad que procuran ayudar al desarrollo de los pueblos.

